

Cristina OEHMICHEN, *Identidad, género y relaciones interétnicas. Mazahuas en la ciudad de México*. UNAM (IIA-PUEG) 2005, 437 pp.

Si bien es cierto que los estudios de género son un eje cada vez más claro y productivo en la antropología mexicana, el trabajo que nos presenta Cristina Oehmichen es pionero por articular dimensiones de distinto orden para explicar la identidad actual de mujeres mazahuas en la ciudad de México: la migración, la comunidad de origen y las comunidades de destino (recreadas/inventadas), las traducciones genéricas de estos procesos, la incorporación a la ciudad, la subsecuente discriminación y segregación ocupacional, el ambulante y sus luchas gremiales, la consistencia de una comunidad extendida.

Estudiosa de los procesos migratorios, el presente trabajo sigue una línea de interés de la autora: “los procesos de continuidad y cambio cultural que sobrevienen con la migración rural-urbana”, focalizando las representaciones, y las prácticas, que regulan las relaciones entre los sexos de los indígenas en la ciudad.

Oehmichen parte de una realidad evidente, pero poco analizada: el hecho de que cada vez más los indígenas mexicanos se encuentran en las ciudades, nacionales y extranjeras. Las ciudades son crecientemente espacios multiétnicos, y los y las indígenas son actores con diversas reivindicaciones, resultado de un proceso también multi-identitario. ¿De qué manera se actualiza el “ser” indígena en estos contextos?

El trabajo estudia la migración a la ciudad de México de dos comunidades mazahuas, San Antonio Pueblo Nuevo en el Estado de México y Crescencio Morales (San Mateo), en el municipio de Zitácuaro, Michoacán. Los mazahuas, en un proceso histórico de larga duración que data del siglo XVI, han sido sometidos a un proceso de *etnicización*: proceso que vuelve “etnias” a colectividades culturales, a partir de percibir las como “extranjeras en sus propios territorios” (p. 73). Oehmichen señala, siguiendo a Giménez (2000), que este proceso implicó la ruptura y separación entre nación y territorio, concluyendo que las etnias son “naciones desterritorializadas”.

Esta visión problematizadora de la etnicidad, vista como etnicización, en relación con el poder, el Estado, el dominante, permite analizarla como resultado de la expansión y colonialismo europeos, así como de la fundación y consolidación de la nación: “En el proceso de construcción de lo nacional, el Estado genera toda una gramática. Un nacionalismo orientado a incorporar a los propios y excluir a los diferentes” (p. 74 y ss).

La pregunta sobre la identidad, así como la cultura y sus cambios y permanencias, son de relevancia teórica en el trabajo que emprende Oehmichen. El primer capítulo está destinado a dilucidar el andamiaje teórico analítico que sostiene la investigación, donde se despliega una concepción dinámica de la cultura, que no eluda el peso estructural de las configuraciones sociales, ni tampoco el peso de lo simbólico. La cultura es comprendida como un proceso de relaciones de poder, y de empoderamiento frente al otro. Thompson, Geertz, Giménez, Bourdieu, Moscovici, son revisitados para poner a tono una concepción matizada y procesual de cultura, que contemple tanto la estructura como la acción.

¿Son los mazahuas un grupo étnico? pregunta la autora al final del segundo capítulo, abriendo la diferencia entre etnia y grupo etnolingüístico y “grupo étnico”, y acentuando la importancia de la evidencia empírica de unidades de autoadscripción. Los mazahuas, fragmentados en decenas de pequeñas comunidades, a veces con contradicciones entre sí, tienen como adscripción central la comunidad local, organización social primaria, y también vía para la lucha por la tierra; pero al mismo tiempo que la comunidad es la unidad principal de adscripción identitaria, los mazahuas reconocen una geografía cultural más amplia como propia que engloba al norte del estado de México y parte de Michoacán. La lengua común es la base para la solidaridad y el reconocimiento mutuo al encontrarse como migrantes en la gran ciudad.

El capítulo tercero es sobre la migración mazahua. A partir de la diferencia de las dos comunidades estudiadas, la autora reconstruye la interacción de los diferentes actores: el Estado, los hacendados, los caciques y los ejidatarios, en el clima de violencia de lo que es una historia de lucha agraria de San Antonio Pueblo Nuevo, contrapunteando con San Mateo, caracterizada como una “región de refugio” indígena (Aguirre Beltrán, 1967), donde blancos y mestizos desde el “centro rector” de la ciudad dominan “su *hinterland* indígena” (p. 127). La geografía de género de la migración remite a que las mujeres migran siempre acompañadas, y las que son independientes económicamente pueden ser caracterizadas como “perdidas”. Los factores de expulsión se amplían al incluir la perspectiva de género: el “fracaso matrimonial”, la poliginia, la violencia intrafamiliar, la soltería después de cierta edad, y el alcoholismo de la pareja, son algunos de estos factores.

Los mazahuas en la ciudad de México son vistos a través de las representaciones sociales que en la metrópoli dominan sobre “lo indígena”, y que Oehmichen denomina un segundo proceso de etnicización, consecuentemente, de discriminación y racismo. Este segundo proceso de etnicización compacta en

lo “indio” o “indígena” a todos los pueblos originarios, y produce la dicotomía absoluta indio/mestizo, “estereotipos que niegan la complejidad cultural de “los otros” y desdibujan sus identidades propias” imponiéndoles la identidad que define el poder, afirma Oehmichen (p. 159). Se construye lo mestizo como una macro-etnia. Los prejuicios que dominan la *doxa* sobre “los indígenas” se muestran a través del maltrato que se les otorga en instituciones bancarias y de salud.

Acá encontramos una de las partes más interesantes del texto, el apartado donde se explora la representación de la ciudad y de los “urbanos” construida por “los indios”. Los “urbanos” aparecieron como presumidos, gente que se cree superior, abusivos y gandallas, “ellos no saben hacer lo que sí sabemos nosotros, no saben hablar como nosotros”, la idea de que las mujeres son muy libertinas y muy flojas.

El análisis de la incorporación de los migrantes a la vida laboral en la ciudad nos ofrece, en el capítulo quinto, una radiografía del trabajo masculino, femenino e infantil. Trabajo doméstico y familiar, pero sobre todo, trabajo en cooperativas y microempresas, y el comercio ambulante. La Merced es la zona de afluencia e influencia de los mazahuas en la ciudad. Su incorporación al comercio ambulante da cuenta de la experiencia del corporativismo político. La Unión Mazahua es dirigida por una señora, originaria de San Antonio Pueblo Nuevo. El liderazgo femenino en el comercio ambulante no es exclusivo de los mazahuas. Las fuentes de poder original de esta organización son las redes de parentesco y el reconocimiento de la dirigente por parte del PRI. Esto le permitió a la Unión administrar varias calles y puntos importantes del Centro Histórico, lo cual le permitió ser intermediaria económica y política. Oehmichen señala que también es una *broker* cultural, puente entre grupos con culturas diferentes. La base de la Unión Mazahua es mayoritariamente femenina. Los entretelones de las mafias de los comerciantes son develados en el relato del enfrentamiento ocurrido en julio de 1998. Las organizaciones corporativas de comerciantes son una realidad que no puede ser eludida, si se quiere comerciar en el centro. La etnicidad es recreada y convocada en este contexto por la lideresa de la Unión Mazahua, quien habla del “nosotros” para propiciar la unidad y lealtad del grupo. Fuerza para negociar con el Estado, y con otras corporaciones de comerciantes.

Oehmichen sigue, con la paciencia del relojero que pone a punto una maquinaria que debe ser simultánea, con la configuración socioespacial de los mazahuas en la ciudad, (capítulo seis) describiendo, por calles, cómo el crimen organizado afectó a la población vulnerable de los mazahuas, los jóvenes. Las

mujeres tuvieron que reunir el dinero para extorsionar policías, acudir al Ministerio Público, al Instituto Nacional Indigenista, a la Comisión Nacional de Derechos Humanos, después de las detenciones en los operativos contra ambulantes. También ubicando los “espacios intersticiales”, en la colonia Paseos de Taxqueña, colonias de clase media, donde la historia de los mazahuas es otra, teniendo que enfrentarse al rechazo de sus vecinos mestizos.

El capítulo siete de este minucioso estudio de los mazahuas en la ciudad de México, ofrece al lector el seguimiento de tres generaciones de migrantes, en una reflexión sobre las identidades tanto individuales como colectivas y sus cambios y actualizaciones.

Finalmente, el capítulo ocho está dedicado a seguir el orden del género entre las mujeres mazahuas, en las alianzas y formas matrimoniales, los conflictos conyugales, la flexibilización de los patrones de residencia, sin subvertir la patrilocalidad “práctica firmemente anclada en el *habitus*”. Sin embargo, las redes centradas en la madre y por el parentesco vía materna son vitales para el grupo: “Las redes centradas en las madres permiten la reproducción de la comunidad fuera del pueblo de origen” (p. 387). Es la parentela vía materna la que se moviliza como principal red de apoyo. Y es en esta dimensión donde se delinear las identidades de género, que no pasan por la agenda coincidentemente feminista y gubernamental de planificación familiar, sino por la decisión de ampliar el capital social representado por los hijos:

Los nuevos modelos de “ser mujer” inscritos en una nueva dimensión identitaria de género, se refieren sobre todo a la maternidad y también a su capacidad para trabajar, ganar dinero y ser autosuficientes económicamente. Esto significa “sacar adelante a sus hijos”... “mujeres que son muy fuertes”, “que son a la vez muy hombres” ya que pueden ser “padre y madre al mismo tiempo” como ellas mismas se han llegado a autodefinir (p. 391).

El enriquecedor trabajo de Cristina Oehmichen termina con la apertura de la incertidumbre: “El cambio por la modernización es un drama social cuya fase posliminal involucra un constructo hacia un futuro orientado que provee a los grupos y colectividades de opciones que pueden ser tanto regenerativas como destructivas” (p. 395). Cerrando la pregunta inicial, la autora concluye que los mazahuas en la ciudad de México no se asimilan ni pierden su cultura. Se han adaptado frente a fuerzas desagregativas. Lengua y atuendo son utilizados para mostrar su “distinguibilidad étnica” en contextos de interacción específicos. Las mujeres son las principales portadoras de esta identidad,

elementos que se usan para hacerse visibles y distinguibles como actores sociales colectivos. La migración, así como su primera desterritorialización, no representa la pérdida del territorio simbólico y afectivo.

Las relaciones de parentesco son atributos por medio de los cuales los migrantes se autoadscriben y son reconocidos como miembros de su comunidad. La etnicidad reconocida los coloca en mejor posición para defender sus derechos individuales y colectivos, y las fuerzas segregativas y excluyentes han propiciado el inicio de organizaciones pluriétnicas que reconocen y demandan el derecho a vivir con dignidad en la ciudad. Las principales agentes reagrupadoras son las mujeres. La maternidad es un anclaje identitario que lleva a las mujeres mazahuas a velar por sus hijos, más allá de la crianza.

Al defender también a sus hombres y a sus hijos, parecería que las mujeres adquieren mayor experiencia ciudadana. Los hombres, sin los referentes que asientan su masculinidad, como son la tierra, el trabajo, el poder político y el prestigio, recrudecen la violencia contra sus mujeres, como manera de afirmar ésta (p. 403). Para Oehmichen, esto explica la extensión de la poliginia, el consumo del alcohol y más recientemente de drogas. El matrimonio endogámico se flexibiliza en la ciudad y las fronteras étnicas dejan entrar a miembros que no son de la comunidad, pero sí del mismo grupo etnolingüístico.

Estas son las conclusiones que finalizan el estudio de los Mazahuas en la ciudad de México, que es eso, y un poco más: como grupo etnolingüístico, en su proceso histórico de etnicización y de afirmación identitaria, resaltando el posicionamiento de las mujeres dentro de este último y sobre todo, dejando ver, de forma decolonizante, el particular derecho de las mujeres a elegir, dentro de una geografía confrontada por la clase, las normas de género y la exclusión. Las mujeres, en particular, viven procesos de desarrollo de su conciencia étnica e individual, de género y ciudadana. En contextos específicos, optan por políticas diversas, enfrentado la represión estatal: es el caso de Magdalena García Durán, vendedora ambulante mazahua, presa en el penal de Santiaguillo por solidarizarse con la comunidad de Atenco el 3 y 4 de mayo del presente año.

*Márgara Millán*